



Virgilio Díaz Ordoñez.

pletas (obra póstuma, 1980), El siglo de oro español (introducción a un curso de literatura española póstuma, 1985).

El poeta vuelve los ojos atrás, deja vagar su mente por el ámbito de las nostalgias dolorosas de un recuerdo triste; y lo trae todo al mundo de su evocación hasta la camisa vieja que refleja su ilusión de nieblas en su propio corazón. Es su poema antológico "Intimismo", una de las notas más elevadas de introversión angustiante que ha sonado en la lírica dominicana.

Intimismo

*Vieja camisa rota:
ya no hay quien te remiende.
Al mirarte, de mi memoria brota
un recuerdo que poco a poco enciende
un fanal misterioso
en tu oscuro pasado y en el mío.*

*Yo te compré en un día muy lluvioso,
húmedo, desolado, hosco y frío.
Al cruzar una esquina
te vi arrinconada en la vitrina
de una tienda de lujo. El sitio de notoria preferencia
lo ocupaban camisas de la seda más fina,
hechas de ricos géneros importados de China
—camisas para gentes que visten con decencia—.
Tú eras de algodón,
eras el llamativo disparate,
el comercial modelo para comparación,
tú eras el baldón de aquel escaparate.
Y mi intención fue recta:
la habitual escasez de mi difícil plata
te eligió predilecta.
Eras la más barata.*

*¡Qué extraña paradoja! Las finas y las buenas
he oído que se compran a veces por docenas.
Las que son como tú —no hay duda alguna—
son de esas que se compran una a una.*

*No lo recuerdo bien, pero es seguro
que la primera vez te usé en un día de fiesta;
quizás una mañana, en un domingo puro;
y después de aquel día, toda tu historia es esta:
de mis hombros cansados
al húmedo tormento de afanosos lavados
y luego, sin apenas
gozar de algún descanso en el armario,
volver a las faenas
de mis cansados hombros y del servicio diario.*

*Más tarde se inició la imprecisa comedia
de tu envejecimiento. Te desteñiste tanto*

que fingías, en rápida tragedia
palidecer de espanto.
Después te amenazó la injuria de un remiendo
y, en callada amargura,
junto con tu primer desgarradura
lloraste hilachas de dolor. ¡Comprendo!

Y entonces fue cuando afanosamente
unas manos que tanto conociste
hicieron sobre ti, pobre convaleciente,
cien zurcidos que ahora son un recuerdo triste.
Manos santas aquellas que a los dos nos cuidaron;
que en silencio profundo, diáfano, pensativo,
apegaron a ti el botón fugitivo
y en mi alma, ¡cuánta herida dolorosa curaron!

Camisa: y quién dijera que habrías de durar
más que la mano que te solía cuidar.
En tus zurcidos vive aún la huella
de esas manos de paz, blancas y puras.
Pobre camisa mía, ven, comprende:
¡para ser tan barata, cuánto duras!
Tú también sabes por qué mi pena brota;
ya no hay quien te remiende,
vieja camisa rota.